

Toulouse 23 de junio de 1966

8

Señor Don Manuel de Irujo

PARIS

Querido Don Manuel,

Ha vuelto el mes de junio. Para mí el tiempo se ha bonado de repente y vivo hora por hora aquel mes de junio de 1965. Y siendo así, ¿cómo no acordarme de Ud.? Por eso no le debe extrañar mi carta.

El 18 por la mañana operaron a papá en aquel terrible hospital de Villejui. Los días que siguieron me obsesionaron y no los podí olvidar mientras viva. Ud. fue el testigo generoso de una parte de nuestras angustias. ¡Cuanto le agradeciamos sus visitas! Con qué delicadeza, con qué tacto sabía Ud. encauzar la conversación, escuchar... ¡Recuerda Ud. cómo se animaba papá al hablarle de su tierra, de sus recuerdos, de sus sueños? Hacía un esfuerzo prodigioso y su alma triunfaba aún de su pobre cuerpo martirizado. Oigo su voz cansada, su respiración fatigosa, y veo sus ojos sonreír.

Él sabía que estaba perdido, y sabía que yo lo sabía, pero al atardecer contábamos los gatos que se paseaban por

el jardín, o discutíamos acerca de los pájaros que cruzaban el cielo de la ventana: ¿serían golondrinas o vencejos? Aquel poder, aquella voluntad, aquel pensamiento profundo, aquella manera de sentir donde todo era belleza, bondad, amor, lo acompañaron hasta sus últimos momentos. ¡Que ejemplo fue su dignidad en el dolor!

HA vuelto el mes de junio, pero en los secos andaluces de su almería, nadie sabe ver ya el agujero de la tarántula, ni billar, allá en el fondo, los ojitos inquietos.
¡Cuanta amargura, Don Manuel! Cuanta injusticia.

Perdone estas líneas. No quisiera entristecerlo, pero he sentido la necesidad de hablarle, de decirle nuestra gratitud, de mandarle un abrazo

Estilse Benadi-Pradol